

El desafío de encontrar respuestas ante la posmodernidad

Marshall Berman (1940-2013) toma una frase de Marx para titular su libro: *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1981). Berman escribe en la década del 80 y habla de la "modernidad", lo cual resulta en definitiva una cuestión de tipo terminológico, pues en el Prefacio de este libro no hace otra cosa que describir nuestra vida actual, aquello que muchos otros hoy en día llaman "posmodernidad":

Ser modernos es vivir una vida de paradojas y contradicciones. Es estar dominados por las inmensas organizaciones burocráticas que tienen el poder de controlar, y a menudo de destruir, las comunidades, los valores, las vidas y, sin embargo, no vacilar en nuestra determinación de enfrentarnos a tales fuerzas, de luchar para cambiar el mundo y hacerlo nuestro. Es ser, a la vez, revolucionario y conservador, atemorizados ante las profundidades nihilistas a que conducen tantas aventuras modernas, ansiosos por crear y asirnos a algo real aun cuando todo se desvanezca. Podríamos incluso decir que ser totalmente modernos es ser antimodernos: desde los tiempos de Marx y Dostoiévski hasta los nuestros, ha sido imposible captar y abarcar las potencialidades del mundo moderno sin aborrecer y luchar contra algunas de sus realidades más palpables. No hay que asombrarse entonces de que, como dijera el gran modernista y antimodernista Kierkegaard, la seriedad moderna más profunda debe expresarse a través de la ironía (XII).

Berman es un filósofo marxista y su visión se aleja en muchos puntos de los principios del humanismo cristiano, que nosotros sostenemos y profesamos desde la editorial de esta revista y desde la institución en la cual se enmarca nuestro trabajo. Sin embargo, si consideramos la realidad que nos rodea, es posible coincidir con la descripción de Berman en varios puntos de los cuales nos interesan, en primer lugar, las grandes contradicciones que aquejan al hombre de hoy y para las cuales los sistemas del pensamiento moderno han perdido actualidad y vigencia (dejando al hombre sumergido en las "profundidades nihilistas"); en segundo lugar, la determinación, propia de la naturaleza humana, de enfrentarnos a las fuerzas que intentan destruirnos (destruir nuestros valores, nuestras comunidades, nuestras vidas) para intentar cambiar el mundo; y finalmente, la futilidad de muchas de las realidades de nuestras vidas, las cuales a veces más allá de nuestra voluntad, se presentan y, acto seguido, se desvanecen dejándonos en un estado de perplejidad existencial.

Todo esto es cierto: para el hombre de hoy, nada dura, todo se desvanece, incluso aquello que parecía más firme. El mismo Berman lo indica cuando se refiere al reciente fallecimiento de su pequeño hijo de 5 años, con palabras que resultan desgarradoras:

Su vida y su muerte acercan al hogar muchos de los temas e ideas del libro: la idea de que los que están más felices en el hogar, como él lo estaba, en el mundo moderno pueden ser los más vulnerables a los demonios que lo rondan; la idea de que la rutina cotidiana de los parques y las bicicletas, de las compras, las comidas y las limpiezas, de los abrazos y los besos habituales, puede ser no sólo infinitamente gozosa y bella sino también infinitamente precaria y frágil; que mantener esta vida puede costar luchas desesperadas y heroicas, y que a veces perdemos (XII).

Todas aquellas cosas que la cita enumera y en el día a día nos parecen tan firmes y permanentes (como nos parece nuestra propia existencia, incluso frente a la realidad insoslayable de la muerte) finalmente pasan, se terminan. Pero este pensamiento de cuño nihilista y la consecuente desesperación que acarrea, para quienes tenemos fe y trabajamos en un ámbito universitario de docencia e investigación, nos significan un gran desafío y también una responsabilidad fundamental: dar respuesta. No quiere decir que quienes creemos en Dios vivamos ajenos a este mundo y estemos exentos de sufrir los estados de vacilación y desesperanza a los que se refiere este filósofo y que tantos otros artistas e intelectuales ponen de manifiesto. Muchas veces los hemos experimentado, pero tenemos las armas para enfrentar los grandes fracasos de la modernidad y dar respuesta.

Para ello, es necesario investigar y reflexionar, servirnos de los descubrimientos, de los grandes avances de la humanidad, de los sistemas de pensamiento propuestos para distinguir la parte de verdad que poseen y, con ello, enriquecer nuestras fundamentaciones. Porque, en definitiva, a lo largo de la historia, el humanismo cristiano se presenta como la propuesta más consistente, con el mayor período de vigencia y proponiendo la perspectiva más integral del hombre, que puede iluminar y renovar nuestra relación con el mundo, con nosotros mismos y con nuestro prójimo.

El objetivo es no perder la esperanza y re-descubrir que el ser humano no es un proyecto azaroso lanzado al universo, sino una creatura pensada y amada por Dios, su Creador; que es un ser creado a imagen y semejanza de Él, lo cual le da una dignidad superior al resto de los seres de la Creación y lo proyecta hacia la trascendencia. Una trascendencia que no sólo implica dejar una huella en este mundo a partir de las buenas acciones, sino también trascender esta vida terrenal y alcanzar la vida eterna.

Es cierto que en el mundo de hoy, el humanismo cristiano está desprestigiado en el ámbito científico; y sin embargo, muchos conceptos y presupuestos nacidos en el seno de esta perspectiva se exploran en la filosofía contemporánea para encontrar razones, salidas, luces que iluminen “esta vida de paradojas y contrariedades” (como la llama Berman). Quienes defendemos y sostenemos los principios de la doctrina cristiana debemos hoy adentrarnos en las ideologías para poner de manifiesto los reduccionismos a los que someten al hombre (y la consiguiente esclavitud espiritual, moral, psicológica y física), así como las falsas verdades que pretenden imponer. Es necesario conocer y expandir las razones de nuestra fe para que satisfagan los cuestionamientos existenciales del hombre y, a la vez, propongan una perspectiva nueva que tenga en cuenta a la persona humana en su totalidad y en función de su llamado a la trascendencia.

En este sentido, los docentes universitarios tenemos una posición privilegiada, pues estamos en contacto permanente con estas estructuras de pensamiento actuales, a través del contacto directo y cercano con los alumnos, es decir, con toda una generación que es fruto de la posmodernidad y sufre sus terribles consecuencias, aun sin saberlo.

El desafío que nos presenta el mundo de hoy no es sólo dar razones de la fe, sino acercar esa fe a nuestra compleja realidad humana para iluminarla y darle sentido.

Mg. María Clara Lucifora
Directora académica
Revista *In Itinere*